

legado que su padre, don Ricardo, pudo hacer a la república.

Como con justicia lo apunta un escritor, «los Carrasquillas pasarán a la historia con rasgos de semejanza verdaderamente sorprendentes: con unos mismos ideales han peleado idénticos combates, aunque no en las mismas circunstancias. Oradores de nota ambos; admirables expositores de filosofía; poetas, educadores de la juventud, inteligencias poderosas, cumbres de santidad y de ciencia, humildes y sencillos, de trato exquisito y de facciones romanas.... Al hijo lo rodea una aureola de luz más brillante, de respeto más profundo; al padre una melodía musical más delicada, un eco de misterio más suave, un aire de sencillez más encantador. El hijo vive más cerca de Dios: el padre, más en compañía de los hombres».

La Asociación Nacional de Estudiantes se une al duelo nacional que constituye la muerte de monseñor Carrasquilla, y comisiona a los miembros del consejo directivo para que la representen en los actos fúnebres que con tal motivo se celebrarán en la basílica primada.

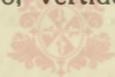
Bogotá, 19 de marzo de 1930.

RAÚL E. SÁNCHEZ

(De *El Nuevo Tiempo*).

## CARRASQUILLA

«Carrasquilla es el primer ciudadano de Colombia», me dijo en oportunidad inolvidable, en Lima, Fabio Lozano T., prestigioso embajador de nuestra cultura y de nuestra soberanía en el Perú. Mi orgullo de discípulo del magno pensador colombiano se exaltó justamente y tuve una de las alegrías mayores de mi vida. La propiedad espontánea de ese concepto, vertido lejos de la



patria por uno de sus más ínclitos varones, concretaba una unción inequívoca. El patriotismo iridesciente de Lozano recogía en una expresión feliz el nimbo de gloria perenne que en vida rodeó la excelsa figura del maestro.

Hoy, con estoicismo cristiano admirable, monseñor Carrasquilla realizó el tránsito supremo. El dolor de una larga enfermedad no lo anonadó. La muerte no lo sorprendió, siendo su agonía la tranquila de un justo. Sobre su noble rostro veíase reflejada la noticia de su bienaventuranza eterna. La patria tiene un eximio ciudadano menos y un prócer más hay en el santoral de la república.

Carrasquilla tuvo dos fervores absolutos dentro de su limpio corazón: Dios y Patria. La semblanza moral del sabio profesor aparece ante la historia como una prolongación del cálido anhelo que inspiró a los fundadores de la nacionalidad.

En la vida de Carrasquilla es inútil buscar un acto exento de belleza moral. Apóstol convencido de la más firme ortodoxia católica, tradujo en realidad la pulcra conciencia de su filosofía. Su paso por la tierra estableció una fecunda afirmación de bondad y de carácter, de virtud y de sacrificio, de energía y de estudio. Su alma no vibró sobre la superficie social. Su emotividad creadora trazó parábolas enérgicas en la conciencia joven del país. Sus obras permanecen firmes ante las más severas críticas y muestran que su pensamiento no se ocupó en concepciones estériles. En su largo camino no recorrió curva tortuosa alguna y su nombre ostenta en los negocios de Estado en que actuó la enseñanza fascinadora de un brillo terso. Espíritu comprensivo de todas las situaciones, encarnó la benevolencia y al culto del odio perturbador, prefirió el del plácido perdón.

Con las mejores rosas de su jardín respondió a la ira del venablo.

Carrasquilla renunció a los espléndidos atributos de su humanidad en plena aurora. Tal fue su holocausto voluntario de iniciación levítica en aras de su Dios único. Sacerdote, su vida tuvo la austeridad del permanente cilicio. Casto, en su sentimiento sólo florecían azucenas fragantes. No hubo en su sayal desgarraduras farisaicas y ni siquiera sus intenciones se mancharon con dñeros simoníacos. A la liturgia católica le dio el majestuoso prestigio de una loa sincera. Sus oraciones se levantaron al cielo, como un homenaje de flores de lis y perfumes de nardo. Filósofo, como el de Aquino, fue un iluminado de la metafísica cristiana y vertió sobre generaciones varias el claro manantial de su filosofía resignada y eterna.

Muerto Cadavid, con quien disputaba el cetro, Carrasquilla fue por derecho propio, el «Maestro de la juventud de Colombia». Del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario formó una universidad menor, de fama vasta por sus costumbres y resultados. Las universidades inglesas de Oxford y Cambridge tuvieron en el colegio colombiano un émulo de sus prácticas. Apres-tigiadas esas aulas, consiguió Carrasquilla devolverles su perdida autonomía, restaurándoles el imperio de sus centenarias constituciones propias. Y allí, en ese laboratorio de investigación científica, su alma tuvo la pureza de una fuente de Castalia, donde abrevaron su sed de ideal los romeros púberes que hoy, ya adultos, cumplen en el país una travesía luminosa. Desde esa cátedra construyó Carrasquilla la conciencia moral de Colombia, con el fino esmero con que un orfebre orgulloso solicitara de una gema las aristas más propicias para el advenimiento de la luz.

Ante ese templo de Minerva cayeron de rodillas

muchos peregrinos con el alma inquieta por el deseo de las investigaciones científicas. Tenían la alforja exhausta y no había padres, ni padrinos. La guerra de los mil días todo lo había arrasado en Colombia y no era la época propicia para la resurrección de Mecenas. Y sin embargo el maestro haciendo privaciones, les ofreció un asiento en su mesa sobria. Así tuvieron educación redentora quienes desafiando los afanes más rudos se aventuraron en una ciudad desconocida para vencer la ignorancia que humillaba sus conciencias.

El profesor jamás tuvo hermetismos doctrinarios. El maestro traspasaba, sin avaricia, su rica posesión interior y quienes fueron aptos para adquirir y conservar ostentan hoy la influencia poderosa de aquella conciencia privilegiada. El iniciado en sus enseñanzas vio desfilar ante su espiritualidad absorta la génesis y estado de las filosofías que más hondo surco abrieron en el pensamiento universal. El maestro, familiar de todos los filósofos, los presentaba anunciando si estaban en olvido, en rectificación o en boga, y luego, comentaba sus tesis a la luz de la filosofía tomista, roturándolas con raciocinio implacable.

El maestro dictaba su clase recorriendo el salón. Un silencio absoluto se hacía en el aula. Nadie quería perder un átomo de sus explicaciones de tema árido, unas veces, y otras, ameno, salpicado de anécdotas interesantes, a las cuales el exquisito «causeur» ponía sensación, actualidad y movimiento. Durante su conferencia no consultaba apunte alguno. En ocasiones se recogía dentro de la más absoluta observación de sus panoramas interiores para combatir a filósofos alemanes, ingleses, franceses, chinos, indios y persas, y cuando esto sucedía, sus ojos se cerraban como para no permitir una fuga instantánea e importuna del más leve rayo de espiritualidad. El evolucionismo de Spencer, el

crudo panteísmo de Espinoza, o el moderado de Hegel, el idealismo trascendental de Fichte y su discípulo Schelling, eran objeto de tenaz y formidable ataque del filósofo católico, el cual vertía en esos momentos toda su fecunda savia nutricia sobre los moldes futuros del pensamiento patrio.

A Carrasquilla le interesaba más desarrollar en sus alumnos la capacidad de raciocinio que noticiarse de abyectas adhesiones a fórmulas incomprendidas. Su espíritu analítico no torturaba a nadie con imposiciones éticas. Amaba los mocetones inconformes y en el Benjamín de sus discípulos imberbes, respetó la conciencia de un hombre libre. De esta manera plasmaba la juventud dentro de un ambiente de libertad ordenada, haciéndola apta para el ejercicio de una ciudadanía sin tutores. Así la «cuna veneranda de la patria», como el maestro llamó al claustro de Torres, continuó como en tiempos pretéritos, siendo la fragua de la república.

Carrasquilla en sus actividades rectorales orientó a sus alumnos con genuino ejemplo hacia el ideal de la democracia perfecta. Siendo el ilustre patricio aristócrata de rancia estirpe, no prohibió dentro del claustro otra jerarquía que la del estudio, la virtud y el talento. De esta manera cumplió sin alardes el programa del egregio fundador del plantel cuya imagen perpetuó en un bronce.

Para Carrasquilla, los jóvenes nativos de las distintas regiones del país le merecían el mismo aprecio y sobre sus actos establecía la más estricta justicia distributiva de honores. Su corazón fue un espejo ustorio, donde ardieron inexorablemente los ideales que no representaron la bondad de la república en su unidad total y pura. Su alma fue crisol de nacionalismo integral. Relatando las virtudes de los pueblos prósperos del mundo, enseñaba el amor a la humanidad, ya que éste

nace entre los hombres del mutuo estudio y conocimiento. Abominaba de la xenofobia inhóspita como del comunismo sin fronteras. Caracterizado tradicionalista, la política no tuvo en él, temperamento de observación y de análisis, el ímpetu de una pasión insana, y la ecuanimidad de su criterio le dio, más de una vez, respetada posición de árbitro, donde brilló el acierto de su consejo y la discreción de su conducta.

El amor a la tierra puso en Carrasquilla robustos acentos de epopeya para magnificar la gesta libertadora y su espíritu fue lámpara votiva, de lumbre vivaz, en los altares de la patria. Los héroes granadinos cuyas hazañas conocía con asombrosa nitidez, y narraba con inflamado acento y admirativa frase, eran presentados en parangón triunfal con las magnas figuras de la historia del mundo. Así infundía a los gérmenes renovadores del estado colombiano una erguida conciencia de su nacionalidad. Comparando nuestra raza con las de orígenes más legendarios, hacía resaltar sus excelencias e inculcaba la fe profunda de su destino victorioso.

Hombre dado al estudio de la sociología, la concepción del estado moderno no le fue extraña. En la armoniosa lengua de Castilla gozó de la fama de hablista perfecto. Su pluma ostentó el clásico esplendor de la áurea de Cervantes, de Teresa de Jesús y de Marco Fidel Suárez. Su grandilocuencia serena y profunda comparable con la de los representantes del púlpito francés, honró sagradas cátedras en la predicación de una fe que tuvo en él la inmutable consistencia de una mole de granito. Mercier, el filósofo de Lovaina, considerado en este siglo como la primera autoridad moral de Europa, al estudiarlo en la interesante relación de amistad que los unió con el fluido de sus perfeccio-

nes mentales, halló en Carrasquilla su gemela sabiduría y prudencia.

La memoria de Carrasquilla no se esfuma con su desaparición terrena. Su carne se ha extinguido, cumpliendo una ley biológica, pero su espíritu perdura, cumpliendo una ley moral. La arcilla prieta no es arca funeraria de su nombre. Su prole intelectual continuará el culto de su hermoso decálogo y ésta será la gloria imperecedera del maestro. En lo material, luz similar brillaría sobre la tumba de un artífice que celoso del recuerdo de la posteridad, concibiera la feliz idea de tallar piedras preciosas, destinadas a formar un haz de luceros sobre su inscripción póstuma.

Desaparecida la forma corpórea del maestro Carrasquilla, no alcanzará la máxima blancura de un mármol para concretar la genuina glorificación de su alba vida, ni el más recio bronce será hiperbólico para simbolizar su inmortalidad augusta.

ALFREDO GÓMEZ DÍAZ

(De *El Nuevo Tiempo*, jueves 20).

## EL ELOGIO DEL MAESTRO

La emoción viajó al ritmo de días plácidos, cargados de sol y de viento, como una nubecilla tenaz que ondula ante los ojos del mundo anunciando el flagelo ruidoso. Y sobre la tierra venerable, en una noche vestida de solemnidad melancólica, se quebrantó—con el postrer esfuerzo vital del patricio atormentado—el último vínculo que nos ligaba a un pasado abundante de crónicas doradas, como un campo salpicado con el temblor perenne de la hierba amarilla.

La clausura de esta existencia, largamente nutrida en los arroyos perpetuos y numerosos de virtudes, cierra sobre nosotros un cielo de brumas, semejante a una